

El agua: su valor religioso natural; su significación en la religión de Israel y en la Liturgia Bautismal Romana

CONTRIBUCION A UNA CATEQUESIS PASTORAL
DE LOS SIGNOS BAUTISMALES

ANTONIO ROCHE NAVARRO.

INTRODUCCION.

Aunque de una manera breve y esquemática, cuatro facetas fundamentalmente pretendo estudiar en este trabajo:

- I.—Valor religioso natural del agua, en su simbolismo y en los gestos en que es utilizada.
- II.—Valores que la religión de Israel ha resaltado, sobre todo en el Antiguo Testamento.
- III.—Los valores religiosos naturales del agua en los ritos bautismales de la Liturgia Romana, fundamentalmente en la Liturgia bautismal y prefacio de Consagración de las Aguas en la Vigilia Pascual.
- IV.—Un cuarto punto a modo de síntesis, como contribución catequética-pastoral para devolver a los simbolismos rituales cristianos su realidad original.

I.—VALOR RELIGIOSO NATURAL DEL AGUA, EN SU SIMBOLISMO Y EN LOS GESTOS EN QUE ES UTILIZADA.

En una primera etapa, la religiosidad natural del hombre ve la aparición de lo divino, lo hierofánico, en aquellos fenómenos cósmicos en que por su estructura y su forma son aptos para una epifanía de lo santo en su poderío numinoso, en su especial peculiaridad que trasciende todo lo usual. (Así: cielo, estrellas, monte, roca, agua, ciertos animales, en ciertos fenómenos, catástrofes o acontecimientos naturales en los que se revela la dependencia y la referencia del hombre a algo que él no puede disponer: nacimiento, vida, crecimiento, muerte, fecundidad, cosecha, suerte, fidelidad...).

Es, pues, el agua uno de estos fenómenos, quizá de los más importantes y completos y sobre todo uno de los más primitivos y coincidentes en diversas civilizaciones y culturas. Para los filósofos griegos las aguas preceden a todas las formas y son soporte de todo lo creado. Un texto indio dice: «agua, tú eres la fuente de todas las cosas y de toda existencia». Las aguas vienen a simbolizar así la totalidad de las virtualidades y a ser matriz de toda posibilidad de existencia, a ser lo que ha sintetizado la conocida fórmula: **FONS ET ORIGO**.

Dos facetas fundamentales podrían ser los núcleos sobre los que girasen las diversas significaciones que el hombre ha ido descubriendo en el agua:

A) *Vida*.

Las aguas son portadoras de vida y por ello son dadoras de vida. Por ello mismo, dialécticamente, también son portadoras y dadoras de muerte. Son por ello capaces de simbolizar a la vez muerte y vida.

En su misma esencia el agua es femenina, es madre, es agua VIVA. Es el elemento creador y vivificador. En muchas cosmogonías es de las aguas del caos de donde surge el mundo, de donde sale toda vida. Es también agua lo que rodea el embrión en el cuerpo de la madre.

El hombre que siente su vida soportada por el medio am-

biente encuentra en el agua su centro vital. Es imprescindible para la vida, es imprescindible para el hombre. Lo profundo de esto, y aquí radicaría uno de los mayores valores religiosos que podemos encontrar en el agua, es la conciencia de que sólo Dios puede hacerla. Esto es claro en su contraste con el fuego, que surge del trabajo del hombre. Por eso el agua es portadora de salvación para el hombre, por ello es un alegre prodigio para todo el mundo, acarrea fertilidad y éxito, imparte vida eterna, hace milagros y proezas, significa en el fondo comunión con Dios.

De aquí que el hombre que vive en tierra pobre sin agua, la idea más grande que puede imaginarse del más allá es que allí se bebe agua y que una diosa bienhechora, desde su árbol, da agua a los que desfallecen.

En otro estadio, al dejar esa visión más primitiva, hay una concreción religiosa en ciertas aguas, en determinadas fuentes y en determinados ríos (así: fuente sagrada en que descansó Deméter en Grecia, Corrientes Sagradas de la India, Ríos sagrados como el Jordán, ciertas aguas benditas dotadas de poder, garantizado mediante un rito de Consagración).

En toda metáfora sobre el origen encontramos la idea de fuente. El agua en su simbolismo nos lleva por ello al origen fontal de la vida, nos sumerge en la profundidad de la vida, es como antes decía, dinamismo y simbolismo de las posibilidades de toda una existencia, son en su aspecto maternal-vital fuentes de un nacimiento continuo.

Habría que estudiar ahora también el carácter regenerador del agua. El agua en su simbolismo y en su realidad es capaz de regenerar (y lo veremos más amplio en la purificación) porque tiene vida y por el contacto con ella nos transmite sus virtuales.

El agua es capaz de dar y mantener la vida, no sólo al hombre (el agua viva que apaga la sed del hombre) sino también a la creación. Son las aguas que dan vida a las plantas y animales.

En oposición a las aguas vivas encontramos las aguas estancadas, las aguas de muerte. Son las aguas en su carácter religioso de tremendum. Capaces de ahogar, de ser mortuorias. Es la expectación ante las tormentas, las lluvias, los diluvios. Son tam-

bién las aguas que hacen pudrir la semilla para que sea portadora de vida, que deshacen y dan muerte en la naturaleza a la vez que dan vida.

Este aspecto, más bien negativo, del agua podemos verlo realizado en dos planos:

1. Plano humano, plano personal: Sumergirse en el agua es sumergirse en la muerte, el salir de las aguas es un resurgir a la vida, a una vida nueva. Por ello el significado, que procede de su misma virtualidad como vemos, de introducirse en la muerte que tienen todos los baños de inmersión. La concreción más clara de este aspecto es el permanecer en la muerte, el ahogarse.

2. Plano cósmico: Son todos los fenómenos de repercusiones no sólo en el hombre sino en la misma creación. Son los diluvios, las tormentas. El hombre se sobrecoge ante tales hechos de una manera religiosa, aunque, como decíamos antes, en el carácter tremendo de la hierofanía.

B) *Purificación.*

Nos situamos ahora no tanto en el aspecto de signo (que más hemos resaltado al estudiar la dimensión vida) cuanto en el de gesto en que es utilizada.

Es éste sin lugar a dudas un elemento que encontramos en todas las etapas religiosas de la humanidad y en todas las civilizaciones, concretada más bien de una manera o de otra. Sobre todo los baños de purificación en momentos transcendentales para el hombre: nacimiento, enfermedad, momentos fuertes de su vida, muerte.

Quede sin embargo claro desde ahora que no es sólo con agua como se realizan estos ritos de purificación, también con fuego, sangre, aceite, etc., pero sin duda el medio más extendido es el agua, y esto por su mismo valor virtual de vida a que antes nos referíamos, pues no sólo limpia sino que comunica una potencia propia de nueva vida regenerándola a la situación anterior a la impureza con una potencialidad nueva.

En lo más profundo de estos ritos podemos encontrar su valor último. El hombre en su dinamismo no se conforma con la vida a secas, con la vida simplemente que le ofrece el que-

hacer diario. Busca una vida plena, una vida llena de poder, una vida santa. Pronto ha visto el hombre en los ritos de purificación una garantía de este poder que con tanta ansia él buscaba. Descubre en ellos una relación con el más allá, con lo eterno, con los dioses, con Dios. Ve por ello en los ritos de purificación la mejor garantía de ese poder, por ello ve que sólo estos ritos son capaces de hacer a la vida verdadera.

Tenemos el peligro de ver en estos ritos purificatorios solamente su aspecto externo de higiene, que si bien es un aspecto que posibilita una significación más profunda no son los fundamentales en los ritos purificatorios. Pero como decimos, sí es el fundamento de estos ritos la simple función vital, de hoy y de siempre, de lavar y limpiar.

El motivo profundo, como decimos, no es la liberación de una suciedad real en el sentido de la higiene moderna, sino la liberación del mal y el acarreo del bien. Es, en la significación del agua, empezar la vida de nuevo. Es tomarse la vida en serio. Por ello se expulsa un poder, el malo, y se atrae otro poder nuevo, el bueno.

Podemos concretar la significación y finalidad de estos ritos en:

- comunicar el poder bueno,
- apartarse del malo.

Si se emplea el agua como elemento fundamental es porque el agua que purifica produce un nuevo nacimiento. En algunas religiones, en Egipto, la purificación es una comunicación de vida divina (la que posee el agua), es un medio de la resurrección, una vivificación para la inmortalidad, es la semilla del dios regenerador. Por eso al purificarse se vuelve al comienzo de toda existencia. En general en todas las formas de religiosidad greco-romanas encontramos las purificaciones rituales con agua en este sentido.

II.—VALORES QUE LA RELIGION DE ISRAEL HA RESALTADO, SOBRE TODO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO.

Para Israel el agua es sobre todo un elemento teológico. Es criatura de Dios. Podemos decir que a través de la Historia de Salvación una significación marcadamente religiosa se ha insertado poco a poco en las hierofanías primitivas.

Empezemos por la misma concepción cosmogónica de la Biblia, tomada de las cosmogonías babilónicas. Dos clases de aguas:

- las de arriba, retenidas por el firmamento y que mediante compuertas especiales caen a la tierra en forma de lluvia (Gen. 1, 7; 7, 11).
- las aguas de abajo, reserva de agua sobre las que flota la tierra (Dt. 8, 7).

Yahvé ha sido quien instituyó este orden, es el dueño de las aguas, él hace posible la sequía y la inundación a la vez que la fertilidad y la lluvia. «Si retiene las aguas, sobreviene sequía, si las suelta, avasallan la tierra (Job 12, 15).

Podríamos ver en la primera parte del salmo 103 una síntesis de las relaciones de Yahvé con las aguas, en un himno que canta la grandeza de Dios con la naturaleza:

- construyes tu morada sobre las aguas
las nubes te sirven de carroza,
avanzas en las olas del viento
- cubriste la tierra con el manto del océano
y las aguas se posaron sobre las montañas
- pero a tu bramido huyeron,
al favor de tu trueno se precipitaron
- mientras subían los montes y bajaban los valles
cada cual al puesto asignado.
- Trazaste una frontera que no traspasaran
y no volverán a cubrir la tierra
- de los manantiales sacas los ríos,
para que fluyan entre los montes
- en ellos beben las fieras de los campos, el asno
salvaje apaga su sed.

(versos del 3 al 11)

Es también el agua para Israel una bendición de Yahvé para aquellos que le sirven en fidelidad (Gen. 27, 28) y por ello mismo la sequía es un castigo para que Israel se convierta a su Dios (Am. 4, 7; Is. 5, 13).

A) *Su poder de vida y de muerte.*

Estos dos aspectos antitéticos aparecen claramente a través de todo el antiguo Testamento. Estudiaremos ahora de una manera especial el carácter aterrador, para tratar más ampliamente el aspecto de vida al ver el tema de las purificaciones.

Al igual que son vida para aquellos que temen al Señor (Sal. 31, 6; Cant. 8, 6 s.), son terribles para los impíos como castigo a sus infidelidades, sobre todo de falta de amor al prójimo y rompimiento de la Alianza (Job 22, 11). Es el castigo merecido por la poca confianza del Pueblo en Yahvé su Dios (Is. 8, 6 ss.).

El aspecto más interesante a resaltar en el A. T. es que a la vez las aguas son vida para el justo y muerte para el impío. El Diluvio que es muerte para los impíos (2 Pedr. 2, 5), es vida para el justo (Sab. 10, 4).

Es sobre todo en el paso del Mar Rojo donde podemos ver sintetizado este doble aspecto:

«Dijo Yahvé a Moisés: «¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha. Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel enfren en medio del mar a pie enjuto. Que yo voy a endurecer el corazón de los egipcios para que los persigan, y me cubriré de gloria a costa del faraón y de todo su ejército, de sus carros y de los guerreros de sus carros. Sabrán los egipcios que yo soy Yahvé, cuando me haya cubierto de gloria a costa del faraón, de sus carros y de los guerreros de sus carros...». Aquel día salvó Yahvé a Israel del poder de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar» (Exodo 14, 15-18 y 30).

El Pueblo de Dios surge de las aguas con vida, pasan a una tierra nueva.

El ejército del Faraón de esas mismas aguas recibe la muerte.

B) *Los ritos de purificación.*

A través de todo el Antiguo Testamento encontramos diversos ritos de purificación, que son necesarios no sólo para la celebración cultural, sino sobre todo como una aptitud legal para participar en la vida diaria de la comunidad santa que es Israel. Esto es así porque el israelita ha descubierto una estrecha relación entre el agua, la impureza y el dominio de Dios sobre toda la creación.

Aunque, como decimos, es en toda la biblia donde encontramos desarrollada esta noción, es sobre todo en el Levítico donde mejor y más sistemáticamente la encontramos, sobre todo en los capítulos 11 al 16.

Esta impureza que hay que lavar abarca no sólo al hombre, sino también a las cosas, los animales, los vestidos que el hombre lleva, todo lo que roce con algo impuro. Así, hay animales puros e impuros, hay purificaciones a la parturienta; las hay sexuales; en las enfermedades; la lepra, leproso, vestidos, de las casas.

En todo el capítulo 16 del libro del Levítico tenemos una detallada descripción de los ritos del gran día de la expiación, del día de la gran purificación general.

Es fundamentalmente en baños de purificación como el Levítico prescribe estas purificaciones, las abluciones (ver: Núm. 19, 2-10; Dt. 23, 10 ss.; Lev. 15, 5-13).

Dos tendencias bien marcadas encontramos con relación a los baños de purificación y que más que describir voy a presentar con dos testimonios:

1. Los rabinos, tendencia más bien ritualista:

«Se reunieron junto con los fariseos y algunos de los sabios venidos de Jerusalén, y al ver a unos de sus discípulos que comían con las manos impuras, esto es, no lavadas (pues los fariseos y todos los judíos no comen sin lavarse las manos hasta el codo, guardando la tradición de los antiguos ni comen lo que viene de la plaza sin lavarlo; y hay otras muchas cosas que tienen tradición de guardar, lavatorios de vasos, ollas y fuentes); así, pues, le preguntaron los fariseos y los sabios: ¿Por qué tus discípulos no siguen la tradición de los antiguos, sino que comen con las manos impuras?» (Mc. 7, 15).

2. Los profetas, tendencia más bien espiritualista:

«Os tomaré de entre las naciones y os reuniré de todos los países y os conduciré a vuestra tierra. Y derramaré sobre vosotros aguas puras y seréis purificados de toda inmundicia y os purificaré de todos vuestros ídolos. Y os daré un corazón nuevo, pondré en vosotros un espíritu nuevo y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré en vuestro interior mi espíritu y haré que sigáis mis preceptos, que guardéis mis leyes, y las pongáis en práctica, habitaréis la tierra que di a vuestros padres, seréis para mí un pueblo y yo seré para vosotros un Dios» (Ez. 36, 24-28).

Es decir, ni las abluciones, ni los sacrificios tienen valor en sí, si no comportan una purificación interior (del corazón) (Is. 1, 15 ss.; 29, 13; Os. 6, 6). Aunque como se ve en el texto transcrito de Ezequiel no desaparece tampoco el aspecto cultural, si bien cobra un importante matiz interior.

En esta misma visión profética es interesante resaltar un aspecto en el A. T. Las aguas relacionadas con lo escatológico. Podríamos sintetizar este aspecto diciendo que el agua simboliza todo el poder vivificador de Dios. Poder vivificador que lo trasciende todo, que tiene su culmen en lo escatológico. Diversos matices de los anteriormente resaltados son presentados en las visiones apocalípticas judías:

- Entonces no habrá maldición ni sequía. Dios dará la lluvia a su tiempo (Ez. 36, 24-27).
- El Pueblo de Dios será conducido a aguas manantiales, hambre y sed desaparecerán para siempre (Is. 49, 10).
- El desierto se cambiará en vergel (Is. 41, 17-20).
- Jerusalén, término de la peregrinación hacia lo escatológico, tendrá una fuente inagotable. Un río brotará desde el templo.
- El Pueblo de Dios hallará en estas aguas Vida (Jl. 4, 18) y Pureza (Zac. 13, 1).

C) *Visión cristiana.*

El cristiano no adora las aguas como elemento sagrado, pero sí asume en ellas todo el simbolismo religioso natural que hemos venido enumerando hasta ahora dándoles si no un significado distinto sí al menos un nuevo matiz y novedad. Ve en ellas la presencia de lo sagrado y de una manera especial del

nacimiento a la nueva vida por la incorporación a la muerte y resurrección de Cristo.

La visión del cristiano se sitúa en la realización que Cristo ha venido a traer a las promesas de los profetas: «Si alguien tiene sed, venga a mí y beba. Si alguien cree en mí, como dice la Escritura, manarán de su entraña manantiales de agua viva» (Jn. 7, 38). (Cf. Ez. 47, 1; Zac. 13, 1; 14, 8).

Estas aguas son capaces de apagar la sed de los que caminan hacia la tierra prometida: «Y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo» (1 Cor. 10, 4).

Estas aguas vivificadoras son el poder del Espíritu: «...ríos de agua viva. Esto decía sobre el Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él, pues todavía no había Espíritu, porque Jesús todavía no había sido glorificado» (Jn. 7, 39). «Te doy mi palabra de que si uno no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios» (Jn. 3, 5).

Bautismo cristiano.

La Plenitud del significado natural de las aguas la encontramos en el significado y realidad del bautismo cristiano.

1. Carácter purificadorio:

. El bautismo cristiano es para remisión de los pecados (Mt. 3, 11).

. La purificación bautismal cristiana se sitúa en la línea profética de purificación interior: «Y lo que ahora os salva, prefigurado entonces, es el bautismo, no el quitar una mancha de la carne, sino la apelación que hace a Dios una buena conciencia, por la resurrección de Jesucristo (1 Pedr. 3, 21). Es el agua que purifica y hace al hombre nuevo, al hombre sin mancha ni arruga.

2. Pero la gran novedad del baño de regeneración para el cristiano es la inserción en Cristo. Sepultados con Cristo y Resucitados con El. Es sobre todo San Pablo, en Romanos VI, quien nos hace una síntesis maravillosa de este aspecto: «Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por

medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (Rom. 6, 4).

Resalta, pues:

. la inserción en Cristo. La inmersión en el baño del agua sepulta al pecador en la muerte de Cristo.

. Resurge del agua como criatura nueva, resucitado con Cristo.

3. Otros aspectos a resaltar:

. Bautismo y Espíritu: «nos salvó mediante el baño de regeneración y renovación del Espíritu Santo» (Tit. 3, 5) (ver: Jn. 7, 39; Mt. 28, 18 s.).

. Su relación con la vida nueva: «Así, pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios... Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo...» (Col. 3, 1-11).

. El agua y la Escatología: «Luego me mostró el río de agua de Vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza, a una y otra margen del río, hay árboles de vida, que dan fruto doce veces, una cada mes; y sus hojas sirven de medicina para los sentidos» (Ap. 22, 1-2).

III.—LOS RITOS BAUTISMALES DE LA LITURGIA ROMANA.

La Liturgia bautismal en los rituales actuales:

Comencemos por unas breves reflexiones sobre el actual Ritual de Bautismo. El Concilio Vaticano II en la Constitución «Sacrosanctum Concilium» ha reconocido la imperfección del actual rito en los números 66, 67, 68, 69, 70. Los motivos históricos serían ahora amplios de estudiar, pero en general se podrían resumir en la supresión del catecumenado al imponerse el bautismo de párvulos y en la recopilación efectuada para la redacción del actual ordo.

En lo que ahora nos toca podemos decir que hay una ausencia casi total de los elementos catequéticos que hemos venido estudiando en la simbología del agua. Volvemos a lo mismo de más arriba. La mayoría de los ritos son catecumenales y por

otra parte falta la catequesis que por medio de lecturas de la palabra de Dios era necesaria, sobre la tipología del agua tal como encontramos a través de la cuaresma y en la celebración de la Vigilia Pascual en las cuatro lecturas que ahora conservamos o en las doce del antiguo ordo. Si bien no podemos decir que por esta ausencia no aparezcan los dos fundamentales matices de vida nueva y purificación como hemos resaltado anteriormente.

Tanto el diálogo y catequesis por el que comienza la celebración («si quieres poseer la vida eterna...»), como el sople («retírate espíritu inmundo y deja lugar al Espíritu Paráclito...»), signación («desde ahora puedes ser templo de Dios... y llegar a la gloria de la regeneración»), imposición de manos («abre Señor la puerta de tu misericordia...»), sal («recibe la sal de la sabiduría: que te sirva para la vida eterna... conduzcas al bautismo de regeneración»), escrutinios («purifícalo y santifícalo»), exorcismos («que sea templo vivo de Dios»), que preparan a la liturgia propiamente bautismal, como en la celebración de este breve rito: profesión de fe («y en la vida eterna»), derramamiento del agua («en el nombre del Padre...»), unción con el crisma («regenerado con el agua y el Espíritu Santo... para la vida eterna»), vestidura blanca («...para que poseas la vida eterna»), cirio encendido («conserva sin tacha tu bautismo... para que poseas la vida eterna»), han venido resaltando los elementos fundamentales bautismales dejando la catequesis del agua de lado.

No ha ocurrido así en los rituales bautismales de los primeros siglos de la Iglesia, así encontramos:

1. Didaché (siglo I). (Edic. Daniel Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos*, BAC, 65).

«Si no tienes agua viva, bautiza con otra agua; si no puedes hacerlo con agua fría, hazlo con caliente». Encontramos en todo el capítulo VII una descripción de la utilización del agua en el bautismo, resaltando el aspecto de «agua viva» que manifiesta de un modo más claro la significación del rito.

2. San Justino (siglo II). (Edic. Daniel Ruiz Bueno, *Padres Apologistas Griegos*, BAC, 116).

«Luego los conducimos a otros sitios donde hay agua, y por el mismo modo de regeneración con que nosotros fuimos tam-

bién regenerados, son regenerados también ellos, pues entonces toman en el agua el baño en el nombre de Dios, Padre y Soberano del Universo, y de nuestro Salvador Jesús y del Espíritu Santo».

Aparece aquí también como importante el hecho de ir a un sitio donde hay agua y la unión del baño y la regeneración a una vida nueva en la Trinidad.

3. Tertuliano (siglo III).

En su tratado *De Baptismo* (PL 1.1197 ss.) nos hace un detallado análisis tanto de la teología bautismal como del modo cómo se celebraba. Resalta de una manera especial el simbolismo del agua, por su antigüedad (desde el origen del mundo. Su simbolismo de origen o comienzo) como elemento privilegiado por su dignidad («el Espíritu de Dios se ceñía sobre ellas») y por ser medio de la incorporación del hombre al Misterio Pascual de la Muerte y Resurrección del Señor. El agua, y sólo el agua es la materia perfecta, excelente, pura, que ha servido de trono al Espíritu de Dios. Es también el soporte de la tierra. Por ello puede ser claro símbolo de la donación a nosotros de la vida eterna.

Es por ello mismo un signo de la donación de Dios al neófito. Las aguas santificadas por el Espíritu de Dios son capaces de dar la santificación al hombre en el sacramento.

El gran día de la celebración, del Bautismo es la noche de Pascua o en su defecto el día de Pentecostés. Manifestando así la unión al Misterio Pascual y al Espíritu Santo que realiza el rito bautismal.

Es de resaltar también que en Tertuliano la celebración bautismal incluye una consagración del agua si se hace fuera de la celebración litúrgica pascual.

4. Hipólito de Roma (siglo III). (*La Tradition Apostolique de Saint H. Essai de reconstitution*; B. Botte, Munster 1963).

El número 21 nos describe el rito bautismal: «de traditione baptismi sancti». Comienza también con una primera oración de bendición sobre el agua («Tempore quo gallus cantat, oretur primum super aquam. Sit aqua fluens in fonte vel fluens de alto. Fiat autem hoc modo, nisi sit aliqua necessitas. Si autem necessitas est permanens et urgens, utere aquam quam invenis».

Prescribe más adelante el modo concreto del baño de inmersión tanto para adultos como para párvulos.

5. «*Sources chrétiennes*», ha publicado, presentado por A. Salles, la reconstrucción de «*Trois Antiques rituels du Baptême*».

Comienza la celebración con una bendición del agua a modo de gran oración consacratoria en la que resume a grandes rasgos los principales acontecimientos de la Historia de la Salvación, pidiendo la consagración del agua por el Espíritu Santo a fin que todos los bautizados en ella renazcan a la nueva vida, y la purificación de todos sus pecados, para lo cual se pide retire del agua todo lo corruptible. A continuación una nueva oración pide por el exorcismo del agua para que el Señor envíe su santidad sobre ese agua, la cambie, la bendiga contra toda acción hostil, contra toda magia para que todo el bautizado en ella sea recibido a la gloria de Jesucristo.

De una manera o de otra en este rapidísimo recorrido por la tradición bautismal de la primitiva Iglesia hemos encontrado la síntesis de una catequesis bautismal en torno al agua a modo de gran oración consacratoria y una oración exorcizante.

Siguiendo esta línea la Constitución de Liturgia del Vat. II nos dice: «*Aqua baptismalis, extra tempus paschale, in ipso ritu baptismi probata formula brevior benedici potest*» (n. 70).

La reforma del ritual romano que está preparando la comisión de «*Rituali*» del «*Consilium ad exequendam Constitutionem de Sacra Liturgia*» responderá a este y otros aspectos señalados por el Concilio.

Tres fórmulas diferentes parece ser que serán utilizadas a elección por el ministro a partir de la puesta en vigor de la esperada reforma.

1. La primera está basada en el prefacio de consagración del agua en la Vigilia Pascual. Es el núcleo fundamental de la parte propiamente romana de ese prefacio. En ella se hace una síntesis del papel del agua en la Historia de la salvación.

2. «...*extra tempus paschale adhibenda*». Esta bendición está inspirada en una fórmula utilizada por la Iglesia unida de la India meridional. A modo litánico incluye seis peticiones. Las tres primeras, dirigidas al Padre, al Hijo y al Espíritu respectivamente piden la bendición de Dios sobre el agua creada por

el Padre desde el origen, por el Hijo de cuyo costado manó sangre y agua y en su muerte y resurrección dio la Vida a la Iglesia, por el Espíritu que ungió a Cristo al bautizarse en las aguas del Jordán. En otras tres peticiones se pide sea santificada el agua para los que se bañen en ellas en pecado, renazcan hijos de Dios, los que sean bautizados en la Muerte y Resurrección de Cristo sean conformes a la imagen del Hijo, y por los que participando en este agua regenerada por el Espíritu Santo tengan parte en el pueblo santo.

A las tres primeras aclamaciones se contesta: «benedictus Deus» y a las tres segundas peticiones se contesta: «Exaudi nos Domine».

3. Una tercera fórmula, más breve, en la que se resaltan los elementos fundamentales bautismales con una particularidad sobre las anteriores. Termina con una colecta en la que se pide a Dios que se digne bendecir el agua en la que serán bautizados sus hijos (N... y N...) que llamaste a la fe de la Iglesia y que por deseo de los padres son lavados en el baño de regeneración para que tengan vida eterna.

*Prefacio de consagración del agua bautismal
en la noche Pascual.*

Difícilmente se podrá captar el significado que para la Liturgia tiene este rito si no se ha participado alguna vez en la gran Celebración de la Vigilia Pascual. Esa noche la Iglesia hace junto a su Señor Resucitado una proclamación de su fe en el gesto sacramental. Todo el contexto de esta oración consacratoria es eminentemente bautismal. Una catequesis previa nos muestra a través de cuatro lecturas del antiguo Testamento las maravillas operadas por el agua en la Historia de la Salvación. Cada lectura va seguida de una oración que da una interpretación cristiana a la palabra proclamada.

Aunque sólo sea brevísimamente enumeremos estas lecturas que nos harán comprender mejor el texto de la Oración.

1.^a Lectura: «Gen. 1, 1-31; 2, 1-2».

Las aguas bautismales recrean al hombre, lo incorporan a la nueva creación restaurada por el Misterio Pascual de Cristo.

2.^a Lectura: Ex. 13, 24-31; 15, 1.

La liberación de Israel por el agua. A través de su paso por el agua del mar Rojo fueron liberados de la esclavitud y alrededor de Moisés se congregan en el pueblo de los hijos de Dios libres. Interpretada por la oración: «También ahora, Señor, vemos brillar tus antiguas maravillas, y lo mismo que en otro tiempo manifestabas tu poder al librar a un pueblo solo de la persecución de los egipcios, hoy aseguras la salvación de todas las naciones, haciéndolas renacer por las aguas del bautismo...».

3.^a Lectura: «Is. 4, 2-6».

Yahvé es fiel con su pueblo. Un pequeño resto solamente le será fiel. De él nacerá Cristo que purificará al pueblo de sus pecados agregando nuevos hijos por el agua de la nube.

4.^a Lectura: «Det. 31, 22-30».

Dios nunca fallará en su fidelidad. Moisés clama al pueblo para que sea fiel a la Alianza. Como Moisés a Israel, Cristo nos libera ahora de la servidumbre y, como Josué nos introduce en la tierra prometida del Cielo. Nuestra fidelidad a Dios ahora, es fidelidad al bautismo que nos hace hijos de Dios.

Una Oración colecta, que manifiesta la fe de la Iglesia en los ritos sacramentales y pide a Dios envíe su Espíritu de Adopción para que dé nueva vida a los pueblos que nacerán de la fuente del bautismo, introduce la gran oración de bendición del agua que a modo de prefacio solemne en acción de gracias por las maravillas que Dios hizo y sigue haciendo en todo tiempo a los que hace renovar por las aguas del bautismo, nos relata la simbología del agua en la Historia de Salvación.

Veamos ahora cuál es el sentido de esta Consagración. Antes de la bendición el agua aparece sujeta al demonio como el resto de la creación después del pecado (porque la Creación está sujeta a la vanidad, no queriendo, sino por el que la sujetó...) (Rom. 8, 20). El exorcismo que se hace sobre ella tiene, pues, por fin alejar al demonio y su malicia. El sacerdote invoca la acción misma del Señor («Asístenos, Dios todopoderoso en el cumplimiento de esta misión: manda tu aliento Dios de bondad...») y una auténtica epiclesis en la que se pide la acción directa del Espíritu Santo sobre las aguas («Que el Espíritu fecunde este agua, preparada para dar nueva vida a los hombres... Descienda

la fuerza del Espíritu Santo a la plenitud de esta fuente y fecundidad de estas aguas para que produzcan la nueva vida»).

En cuanto al origen de este prefacio es la unión de un antiguo prefacio de la liturgia romana (la primera parte) y otra fórmula de consagración del agua de la Liturgia Galicana totalmente distintos en cuanto a su estructura aunque iguales en contenidos.

A través de todo el prefacio, y por la terminología empleada, dos funciones parece tener el agua, que coinciden con las que hasta ahora hemos venido viendo como fundamentales en nuestro estudio.

Por una parte la función de Purificar: Es clara por los verbos empleados: «abluere, purificare, diluere, delere, emendare». Es una expresión utilizada en el N. T. y en la tradición de los padres como hemos indicado más arriba. («Ve y bautízate y límpiate tus pecados, invocando su nombre». Hech. 22, 16; Cf. 1 Cor. 6, 11; Ef. 2, 26; Hebr. 10, 22).

De otra parte el agua bautismal aparece también como dadora de una nueva vida. Indicamos también los verbos en los que aparece esta idea: «regenerare, innovare, renasci, recreare, partueri, parere» («pues no es nada la circuncisión ni la incircuncisión, sino una nueva creación», Gal. 6, 15; Cf. 2 Cor. 5, 17; 1 Cor. 15, 49).

1.ª parte del prefacio:

Desde las primeras palabras introductorias se resalta la transformación que opera la acción sacramental de la Iglesia («...produces efectos admirables...»). Se tiene conciencia de la pequeñez del hombre para realizar tales ritos y por ello se implora preste oídos a la oración y fe de la Iglesia.

Dos pasajes del antiguo testamento son recordados ahora: «Oh Dios, tu Espíritu se cernía sobre las aguas en los orígenes del mundo», «Oh Dios, tú lavaste con las aguas los crímenes del mundo culpable, marcando la imagen del nuevo nacimiento en el mismo diluvio destructor». Son dos grandes tipos del bautismo cristiano. Por ello la Iglesia puede cantar confiada: «para que ya entonces las aguas concibieran el poder de santificar», «Para que el misterio de un mismo elemento pusiera fin al vicio, diera origen a la virtud».

Continúa a modo de oración rogando al Señor aumente en hijos la Iglesia con los caudales de la gracia que manan de los manantiales bautismales para poder recibir del Espíritu Santo vivificador la gracia del Unigénito. «Que el Espíritu fecunde este agua, preparada para dar nueva vida a los hombres, mezclándose con ella misteriosamente. Para que los hijos del cielo concebidos en la santidad, salgan del seno inmaculado de esta divina fuente, renacidos como una nueva creación. Para que la gracia madre dé a luz en una común infancia a los que diferencia el sexo en el cuerpo, o separa la edad en el tiempo». Un exorcismo sobre el agua para que la fecundidad del Dios Padre de todo haga santa, limpia de todo lo viejo y malo el agua del que nacerán multitud de pueblos.

2.^a parte del prefacio:

Esta segunda parte de origen Galicano aunque casi idéntica en cuanto al contenido, es diferente en cuanto a la estructura literaria. Toda ella está dirigida a la misma agua relatando a continuación en forma trinitaria la acción realizada con el agua a través de toda la Historia de Salvación.

Por Dios Padre:

- te separó de la tierra en un principio (Gén. 1, 7)
- y cuyo Espíritu se cernía sobre ti (Gén 1, 2)
- te hizo brotar del manantial del paraíso (Gén. 2, 6)
- y dividiéndote en cuatro ríos te mandó regar toda la tierra (Gén. 2, 10)
- que en el desierto te quitó el amargor haciéndote potable (Ex. 17, 6 ss.)

Por Jesucristo:

- que en Caná de Galilea... te convirtió en vino (Jn. 2, 1-11).
- que anduvo a pie sobre tu dorso (Mt. 14, 22 ss.)
- quiso que Juan lo bautizara (Mt. 3, 13 ss.)
- que de su costado te hizo salir con su sangre (Jn. 19, 16 ss.).
- y mandó a sus discípulos que bautizaran en ti (Mt. 28, 19).

Por el Espíritu:

- Descienda la fuerza del Espíritu Santo a la plenitud de esta fuente y fecunde estas aguas para que produzcan la nueva vida.

Termina con una afirmación en la acción que el agua va a producir en todos aquellos que sean bañados en este agua de purificación y regeneración.

IV.—CONTRIBUCION CATEQUETICO - PASTORAL.

Sin pretender ahora dar una teología del signo sacramental, que desbordaría en mucho la finalidad de este estudio, sí es importante resaltar los elementos fundamentales que enmarcan toda la acción pastoral de los sacramentos cristianos; tienen un valor teológico sacramental que hemos de descubrir y valorizar.

La misma Constitución de Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II al dar las directrices para una reforma general de la Liturgia (n. 21)(*) nos resalta el valor pastoral del Rito Cristiano = «que los ritos expresen con mayor claridad las cosas santas que significan» (n. 21 segundo párrafo).

En concreto para el rito bautismal que nos ocupa, lo sagrado se hace presente en el agua que de por sí es una realidad profana y aunque la sacraliza, le da un valor teológico, la desprofaniza para hacer en ella visible lo invisible, para que lo oculto se haga manifiesto.

El análisis fenomenológico que a grandes rasgos hemos venido haciendo del valor religioso natural del agua, los valores que más ha resaltado el pueblo de Israel y la novedad del bautismo cristiano nos permiten ahora hacer una síntesis que sea base de las orientaciones pastorales que señalaremos seguidamente.

Dos aspectos fundamentales hemos venido resaltando. Por una parte el agua tiene en sí una virtualidad de vida, tanto en un plano personal como cósmico. El agua viene a ser signo de plenitud de vida. Israel y el cristianismo han puesto en relación con Dios, con lo escatológico, esa plenitud. El agua es ya un elemento Teológico, pone al hombre en contacto con el poder vivificador de Dios. Junto a este matiz aparece íntimamente unido el aspecto de purificación, liberación del mal y acarreo del

(*) Los números citados se refieren siempre a la constitución *Sacrosanctum Concilium*, del Concilio Vaticano II, sobre la Sagrada Liturgia: C.S.L.

bien. Podríamos decir, con una expresión muy de nuestros días: «empezar la vida de nuevo».

En un primer análisis natural vimos el poder de comunicar lo bueno y apartarse de lo malo. Los profetas de Israel y luego Cristo han insistido en esta purificación, pero en lo interior del corazón del hombre. Purificación es inserción en Cristo en la plenitud de su Misterio Pascual.

Llegamos así a un aspecto común a estos dos matices señalados y que por otro lado viene a ser la gran novedad del bautismo cristiano. El agua bautismal es dadora de muerte y vida. Pone al hombre en contacto con la realidad divina invisible, con el Misterio Pascual síntesis de toda ella. Este es el aspecto bautismal que ha de orientar toda la actividad apostólica en orden a la celebración cúllica y en orden al quehacer total de la Iglesia. La complejidad del actual ritual de Bautismo (números 66 y ss de la C.S.L.), y las orientaciones para su reforma (n. 34) dificultan mucho el que la celebración manifieste claramente este paso de la muerte a la vida que el hombre realiza al incorporarse al Misterio de Cristo.

Bajo dos facetas pastorales hemos de plantearnos el problema:

I. *En cuanto al RITUAL:*

Por supuesto, y al tratar el punto que sigue lo trataremos más ampliamente, que el problema no es solamente de la dificultad y complejidad del rito (ver n. 34) ni del signo cuanto de la falta de formación Teológico-pastoral de los ministros y fieles. También del poco esfuerzo catequético que se realiza para que el signo realmente signifique (un ejemplo claro podría ser la anormalidad que se da en las celebraciones bautismales: cuando en la Vigilia Pascual se bendice el agua no se suele bautizar y por el contrario cuando se bautiza no se bendice el agua). Sabemos, y la C.S.L. nos lo recuerda de nuevo, que la celebración litúrgica, a más de ser culto a Dios y santificación de los hombres, tiene un valor catequético de instrucción del pueblo fiel al ponerlo en contacto con la realidad de las mismas cosas que significa (n. 33 de la C.S.L.).

Esto nos lleva a un planteamiento más radical en las diversas facetas catequéticas de nuestra pastoral. El poder participar

plena y activamente en una celebración bautismal supone (y tengamos en cuenta que así está planteado nuestro actual ritual) el haber pasado por un período catecumenal que según toda la tradición eclesial (recordemos entre otras las más conocidas: Tertuliano «de Baptismo»; Catequesis Mistagógicas de Cirilo de Jerusalén; Teodoro de Mopsuestia; Ambrosio «De sacramentis», «De Misteriis»), precedía al Rito propiamente Bautismal. De no ser previa, ahora el problema del bautismo de niños, ha de estar incluida en la actividad catequética de la Iglesia (ver en este sentido las orientaciones que da la C.S.L. en el n. 35, puntos 3 y 4), de tal manera que la comunidad que se reúne a celebrar el bautismo participe en el plena activa y comunitariamente (ver n. 11, 14, 29, 42, 56, 59, 106, 114, 121). Todo esto en cuanto a una visión general, pero en concreto cada celebración exigirá una atención especial a la asamblea congregada y la utilización de moniciones precisas que den unidad al rito y llamen la atención sobre los elementos fundamentales.

Cuando la C.S.L. en el n. 35 párrafo 3 y 4 se refiere a una catequesis litúrgica la plantea en una doble línea:

1. Lo que podría llamarse catequesis litúrgica nuclear: que consistiría en didascalias de los ritos más significativos (en nuestro caso, del agua), y que podría realizarse incluso a modo de celebración sagrada de la Palabra de Dios en los momentos fuertes del año litúrgico. Así por ejemplo para los ritos bautismales se prestan perfectamente las semanas cuaresmales utilizando los mismos textos que la liturgia de esos días nos ofrece.

2. Y en lo que llamamos catequesis «global» o del rito: que consistiría en seguir el rito en su dinamismo de la celebración. A ésta debe preceder una introducción precisa y unas moniciones atentas a los signos y textos fundamentales. Fijemos nuestra atención en la celebración bautismal, que habrá de resaltar las dos grandes partes:

I. Liturgia catecumenal:

- 1) Ritos de introducción: resaltan la fe (¿qué pides a la Iglesia de Dios?: La fe).
- 2) Ritos de preparación al bautismo: ha de resaltar claramente la liberación del demonio (escrutinos) y el compromiso personal con Cristo (Credo - Padrenuestro - renunciás y unción preparatoria).

- II. Liturgia bautismal: que sería la plenitud de todo lo anterior resaltando el RENACIMIENTO, PASO DE MUERTE A VIDA, que en el hombre se efectúa por el agua y el Espíritu Santo (Jn. 3, 2).

II. *En cuanto al signo.*

Brevemente hemos reflexionado en los problemas pastorales que acarrea el ritual con la estructura que ahora tenemos, también, someramente, veamos lo que nos plantea el signo, agua, en cuanto tal.

Dejamos por sentado que el agua continúa teniendo para el hombre de hoy toda la virtualidad que hemos venido señalando y por lo tanto como signo visible que usa la liturgia ha sido escogido por Cristo para significar realidades divinas invisibles (n. 33 de la C.S.L.).

Hemos de tener presente dos facetas del signo litúrgico:

1. En cuanto que realiza, en cierta manera, aquello que significa. El bautismo en agua realiza la incorporación del hombre al misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo, tal como significa el baño de agua.
2. En cuanto valor catequético, según hemos resaltado más arriba, la potencialidad de sus valencias:
 - a) Advierte: llama la atención al hombre en contacto con el signo.
 - b) Informa: transmite un contenido, es la dimensión potencial del signo en su contenido catequético (contenido que en el agua hemos resumido más arriba).
 - c) Compromete: a dar una respuesta por haber estado en contacto con lo divino, el misterio pascual.
 - d) Une: a Dios en una vida de compromiso y servicio al quehacer en el mundo.

Para que el signo desarrolle ésta potencialidad es necesario una actitud de captación entre el hombre y el signo, tanto por parte del hombre como por parte de la celebración y que la pastoral ha de tener bien en cuenta. En lo que ahora nos ocupa es preciso una total transparencia por parte del signo. Que el batisterio presente de una manera digna la fuente de agua viva, siendo apto para que sea un auténtico baño de regeneración y que la asamblea eclesial pueda estar presente (pila junto al presbiterio, nave de presbiterio..., y otras diversas soluciones. Para una mayor amplitud de este aspecto puede consultarse la revista *ARA, Arte Religioso Actual*, en los números 4, 5 y 8).